

Criados y palafreneros en *El Señor de Bembibre*

M^a. DE LOS ÁNGELES AYALA
UNIVERSIDAD DE ALICANTE

Criados y palafreneros en El Señor de Bembibre, María Ángeles Ayala Aracil, Univ. de Alicante.

La presencia de criados y palafreneros en *El Señor de Bembibre* es fundamental para explicar el proceso evolutivo de la novela. Sin ellos, el relato sería imposible, pues su función no es otra que presentar los hechos y posibilitar el desarrollo de los mismos desde el inicio hasta el final de la novela. Personajes que sirven también como entes receptores de los recursos literarios arquetípicos del relato histórico.

Los precedentes literarios en la literatura española referidos a criados de nobles que ejercen o sirven por un salario o, simplemente, por protección, son, en verdad, remotos. La literatura española y europea está plagada de múltiples ejemplos de sirvientes, criados, palafreneros, pajes y escuderos cuyas funciones, comportamientos y actitudes son esenciales para el desarrollo de una obra literaria. Se podría afirmar que la literatura habría inventado el papel de criado si no hubiera podido disponer de ninguno real, pues cumplen un papel relevante para la acción novelesca o dramática. Los criados de compañía o los criados en general, son los interlocutores ideales en los diálogos, pues ayudan a dilucidar el carácter principal de determinados personajes esenciales, tal como se constata en el arranque novelesco de *El Señor de Bembibre*.

Criados que en sus disquisiciones se configuran como una especie de figura artificial física y mentalmente distinta, pero inseparablemente cercana, que funciona como eco, réplica y espejo de los hechos esenciales de la peripecia argumental. Señor y criado representan también dos actitudes, dos formas de comportamiento. Uno manda, el otro obedece. El primero responde al afán de autorrealización, como don Álvaro; el otro al afán de sujeción a una finalidad que está fuera de sí mismo y a la dedicación a un ser superior, como los personajes que Gil y Carrasco



introduce en el inicio de la novela: el montero don Nuño, el palafrenero Mendo y el escudero o paje de lanza Millán. Los dos primeros al servicio del conde de Lemos; el último, el escudero del señor de Bembibre. En todos ellos subyacen los rasgos emotivos del criado que cuida amorosamente a su señor o señora y de su casa o linaje. Evidentemente tras sus personalidades se evidencian múltiples motivos o reflexiones que rememoran conductas de personajes al servicio de señores o amos, pero en cualquier caso muy distantes de los célebres criados de la Celestina o del teatro renacentista en general. Martina, la fiel doncella al servicio de la heroína de ficción, doña Beatriz, dista de la conducta de ciertas criadas que aparecen en la novela cortesana, en donde las aventuras y desventuras de damas y señoras están arropadas o condicionadas por la conducta de doncellas infieles, deshonestas y murmuradoras, como en las novelas de Castillo Solórzano o María de Zayas, por ejemplo, escritora que si bien se erige en defensora del feminismo frente al concepto subestimado de la mujer en la literatura de la época, no le impide, pese a la defensa de la prerrogativa de su sexo, reconocer los defectos de este, cuando realmente existen, en fustigar a sus congéneres cuando el momento lo requiere. En cualquier caso y marcadas las diferencias entre los criados de la novela de Gil y Carrasco y la literatura áurea, el caso de Martina, como tendremos ocasión de comprobar, se asemeja más al tipo de criada confidente y acompañante de la dama, utilizada como pieza clave para la cita amorosa de los amantes. Como es bien sabido las comedias del Siglo de Oro son prolíficas en la descripción de este tipo de doncellas que además tienen otras *habilidades*, pues suelen desempeñar el papel de gracioso en mujer.

En el inicio de *El Señor de Bembibre* se aprecia con nitidez la importancia de los criados, pues actuarán como una especie de coro que cumple con matices la función demarcadora (inicio y fin en ciertos capítulos), la misión mediadora (entre la propia acción que se desarrolla en la escena y público-lector, cuyo sentir y pensamiento interpreta y proclama) y, fundamentalmente, narradora, pues sugiere y preanuncia los derroteros por los que se va a encaminar la acción. El hecho de que la novela *El Señor de Bembibre* esté ambientada en un contexto identificado con el Bierzo, puede explicar el que, en función de ese popularismo, se conceda a la voz del pueblo una presencia y resonancia no perceptibles en otros relatos históricos, como si en la sensibilidad del autor estuviera siempre omnipresente la idea romántica del Volksgeist, del espíritu del pueblo, con voz colectiva. Cabe recordar que la idea del Volksgeist de Herder fue adoptada por la escuela romántica, en especial por los



hermanos Schlegel, e introducida en España por Juan Nicolás Böhl de Faber¹. Bien es verdad que la publicación de los artículos referidos a la polémica entre Böhl de Faber y Mora distaban en muchos años de la fecha de publicación de la novela de Gil, pero no se debe olvidar que todavía en los años treinta y cuarenta del siglo XIX las publicaciones periódicas literarias recogían y matizaban diversos aspectos que subyacían en la referida polémica, como en el caso de *El Artista*, publicación de marcado sesgo romántico, o el *Semanario Pintoresco Español*, de carácter ecléctico. Cabe recordar también que la idea del Volksgeist era revalorizar la épica medieval, sus temas, asuntos y códigos, tal como se constata en *El Señor de Bembibre*. Las ideas introducidas por Faber combatidas por escritores de la época fueron, con el correr de los años, aceptadas e, incluso, asumidas por sus detractores. El concepto Volksgeist configuró parte del nacionalismo, especialmente en su vertiente tradicional. Las normas, usos, hábitos y patrones culturales que subyacen en la novela de Gil se enmarcan en un específico contexto geográfico, El Bierzo, diferenciado de otras costumbres propias o pertenecientes a otros espacios geográficos distantes a dicho contexto.

La novela *El Señor de Bembibre* se inicia desde múltiples voces y reflexiones emitidas por los criados del conde de Lemus y don Álvaro, pues advierten al lector de variados hechos que configuran la esencia del relato. Incluso, dichos criados, transcurridos varios años, informarán a los lectores de las aventuras y desventuras de don Álvaro, pues serán ellos quienes por azar, en una romería popular, se encuentren con el cadáver de un santo ermitaño que no es otro que el propio don Álvaro. Los criados ocupan, pues, un lugar relevante en la acción, siendo imprescindibles en la misma y en la reflexión de los hechos desde perspectivas opuestas. Los criados no solo son los principales interlocutores en el arranque

¹ Nicolás de Böhl de Faber, “Reflexiones de Schlegel sobre el teatro traducidas del alemán” (1814). Artículo que provocó la conocida polémica entre Böhl de Faber y José Joaquín de Mora a raíz de una contestación al artículo publicada en el mismo periódico titulada “Crítica de las reflexiones de Schlegel sobre el teatro insertas en el número 121”. Artículo firmado bajo el pseudónimo *Mirtilo Gaditano*. Tema que fue recogido más tarde por el célebre autor de novelas históricas Ramón López Soler, que desde las páginas de *El Europeo* publicó su célebre artículo “Análisis de la cuestión agitada entre románticos y clasicistas” (1823). López Soler sigue las ideas de Schiller y Schlegel a través de las interpretaciones de Chateaubriand y madame Staël, aunque las correspondientes a Schlegel se aproximan más a las vertidas por Böhl de Faber en su artículo ya citado.



novelesco, sino también imprescindibles en el desenlace final de la novela. Una vez más Gil y Carrasco envuelve la acción en un ambiente campesino, tradicional, consciente de que sus tradiciones incrustadas en el Bierzo han sido transmitidas de generación en generación. No olvidemos que para ello, Gil sitúa el desenlace de la novela en un contexto tradicional, la Romería de Nuestra Señora, la Virgen de Aguiana, en un paraje geográfico en donde se asienta el convento de San Benito y en cuyo lugar pidió asilo y refugio don Álvaro. Gracias al recurso literario de ilustre tradición cervantina referido al “hallazgo fortuito” de un documento o manuscrito, el lector sabe o conoce el destino tanto del propio don Álvaro como del resto de los criados al servicio de los protagonistas de la novela: Mendo, Martina y Millán. El manuscrito nos informa de la suerte de los templarios, su extinción por Clemente V en el concilio de Viena, del destino de don Rodrigo Yáñez, del comendador Saldaña y del palafrenero Mendo. Material noticioso en el que Gil basa su historia novelesca que se complementará con otro “hallazgo fortuito” –descubrimiento en el monasterio de San Pedro de Montes de un códice antiguo– en el que el lector conoce con más detalle una serie de sucesos o hechos hasta entonces no revelados. El descubrimiento se lleva a cabo en 1842, y en dicho códice se describen tradiciones de claro matiz popular, como la romería de Nuestra Señora. Los romeros descubrirán la identidad del santo ermitaño recién expirado, que no es otro que el propio don Álvaro, fallecido en olor a santidad y venerado por todos los aldeanos. Quienes identifican el cuerpo del asceta difunto serán, precisamente, los criados de los héroes de ficción, pues lo han conseguido gracias a un objeto personal de la heroína de ficción, Beatriz, que estaba junto al cadáver:

Los romeros entonces dijeron ser Nuño García, montero que había sido del señor de Arganza; Martina del Valle, camarera de su hija doña Beatriz, y Millán Rodríguez, escudero y paje de lanza de don Álvaro Yáñez, señor de Bembibre que era el que allí muerto a la vista tenían. En esto llegó el abad de esta santa casa vestido con ropa de iglesia para bajar en procesión la santa imagen, según era costumbre, y diciendo muchas palabras de consuelo a los afligidos criados, les aseguró ser cierto lo que veían y creían (1986: 392).

Tradición, identidad del pueblo, campesinos, paisaje, costumbres, entre otros aspectos, evidencia el espíritu del pueblo, el Volksgeist, en la novela de Gil.

De todo lo expuesto en estas páginas se puede deducir que estamos frente a una novela redonda, perfecta, con una estructura sin cabos



sueltos, sin fisuras, en donde nada escapa al oficio del escritor. Los protagonistas están arropados por una serie de personajes secundarios cuya función no es otra que aportar múltiples perspectivas a los hechos narrados. Sus problemas, sus inquietudes y vivencias discurrirán con no poca frecuencia por el tamiz de los criados, sirviéndose de ellos el escritor como elementos esenciales para el discurrir de los hechos. Así, por ejemplo, el fiel criado Millán juega un papel de gran relevancia en la sucesión de los hechos que configuran el mundo de ficción de *El Señor de Bembibre*. En él se materializan la mayoría de los recursos literarios que están presentes en la novela histórica española y europea. Así, por ejemplo, la utilización de disfraces –de honda raigambre scottiana– para burlar o actuar con éxito en la consecución de un determinado hecho sin ser descubierta su auténtica identidad. Dicho recurso lo encontramos en momentos transcendentales de la acción, como en el asedio al castillo de Cornatel:

Saldaña, como experimentado capitán, no se descuidaba en averiguar por todos los medios imaginables cuanto pasaba en el real enemigo, y sus espías, bajo mil estudiados disfraces, sin cesar le estaban trayendo noticias muy preciosas. Aconteció, pues, que una noche se brindó a salir de descubridor nuestro antiguo conocido Millán, y disfrazándose con los atavíos de un montañés, muerto en el castillo de resultas de la pasada refriega, se dirigió por la noche a las Médulas, acompañado de otro criado del Temple, natural del país, que conocía todas las trochas y vereda como los rincones de su casa (1986: 283)².

² La utilización del disfraz no solo es frecuente en la novela histórica sino también en la novela gótica o de terror. En el caso de Gil y Carrasco dicho recurso rememora determinadas novelas clásicas del género. Recuérdese, por ejemplo, la entrevista entre Beatriz y don Álvaro, disfrazado este con ropas impropias de su condición social a fin de no levantar sospechas de sus intenciones y pasar desapercibido ante los demás personajes que moran en el lugar. Recurso que nos recuerda el disfraz que utiliza Wamba en *Ivanhoe* para introducirse en el castillo de Font-de-Boeuf. Bien es verdad que don Álvaro no se disfraza de monje, pero sí utiliza el mismo recurso literario. No olvidemos que la huella de W. Scott se dejó sentir en toda la novela histórica romántica, tal como comenta la crítica tanto en el siglo XIX como en el XX. Incluso se llegó a identificar la semejanza de argumentos entre *The bride of Lammermor* y *El Señor de Bembibre*. Recuérdense, por ejemplo, las reflexiones del editor Vera e Isla en su edición de la novela llevada a cabo en 1883, que si bien observa concomitancias entre ambas novelas, señala también diferencias profundas, de ahí que afirme también que el relato de Gil es una obra no solo maestra, sino



Millán se erige como una pieza fundamental a mediados de la novela, fundamentalmente en los capítulos XIV, XV y XVI, pues será el encargado de comunicar a doña Beatriz que su señor ha muerto. Evidentemente, el lector avezado en novelas históricas de la época sabe que solo se trata de una estrategia o de un recurso literario del novelista, cuyo único propósito es crear el *suspense* o misterio y motivar al lector a seguir la peripecia argumental. Laberinto de sucesos en el que el fiel Millán está omnipresente, pues no solo combate al lado de su señor, sino que es el acompañante sempiterno en todos los sucesos que rodean al protagonista, desde su desvanecimiento por causa de las heridas en el combate hasta su traslado al castillo de Lara y posterior atención del médico Ben Simuel. El fiel escudero, ante el silencio sepulcral que reinaba en la habitación que yacía don Álvaro, imaginó que algo terrible había sucedido, que tanto dormir podría hacer daño a su señor, y tras no poder contener su paciencia

[...] entró de puntillas hasta la cama de don Álvaro, y después de vacilar todavía un poco, por fin se decidió a llamarle meneándole suavemente al mismo tiempo. Don Álvaro ni se movió ni dio respuesta alguna, y Millán, de veras asustado, acudió a abrir una ventana; pero cual no debió de ser su asombro y consternación cuando vio el cuerpo de su señor inanimado y frío, apartado los vendajes, desgarradas las heridas y toda la cama inundada en sangre (1986: 181)³.

también original. Reflexiones que tuvieron feliz eco en la crítica posterior, como en los pioneros estudios de Blanco García (1891: 368 *passim.*) y Lomba y Pedraja (1915).

³ La revelación de que todo ha sido una estrategia llevada a cabo por don Juan de Lara, que don Álvaro no ha muerto, que vive y ha sido atendido y cuidado hasta su total restablecimiento, la encuentra el lector en páginas posteriores: “[...] con su astucia acostumbrada [Juan Núñez], y aun así lo único que alcanzó fue que diesen al señor de Bembibre un narcótico con el cual pasase por muerto y que entonces lo aprisionasen estrecha y cautelosamente hasta que, roto y vencido el enemigo común, pudiese volver a la luz un caballero tan valeroso y afamado [...] El resultado de sus esfuerzos fue el que vimos, y en la misma noche Ben Simuel preparó un filtro con que todas las funciones vitales de don Álvaro se paralizaron completamente. En tal estado entró por una puerta falsa, y desgarrando los vendajes de don Álvaro y regando la cama con sangre preparada al intento, facilitó la escena que ya presenciamos y que tanto afligió al buen Millán, desasosegando también al principio al mismo Lara con la tremenda semejanza de la muerte” (1986: 217-218).



El fiel criado Millán irrumpe de nuevo con fuerza en el capítulo XVI, pues será él el encargado de comunicar a doña Beatriz la fatal y aciaga noticia. Con paso trémulo y sin poder pronunciar palabra por estar preso por el dolor, entregará los objetos dados por Beatriz a don Álvaro –anillo y trenza manchados de sangre– como señal indeleble de la muerte de su amante caballero. Millán continuará su amarga peregrinación hasta llegar al castillo de Cornatel a fin de dar parte al comendador Saldaña de la muerte de don Álvaro que, tras mostrar su afligimiento, manifiesta sus dudas sobre tal desenlace:

Quedose pensativo por algún tiempo y, por fin, como herido de una idea súbita, dijo a Millán: –¿No has traído el cuerpo de tu señor?– Millán le contó entonces las razones y pretexto de don Juan de Lara, a los cuales no hizo Saldaña sino mover la cabeza, y por último dijo: aquí hay algún misterio [...] Millán que había querido entrever una esperanza en las palabras del comendador, se convenció entonces de su locura y despidiéndose del caballero se volvió a Bembibre (1986: 188–189).

El escudero Millán, heredero de los bienes de don Álvaro y convertido en persona acomodada y dueño de pingües beneficios obtenidos de la venta de dichos bienes, reaccionará con nobles sentimientos al enterarse de que su señor no ha muerto, alabando su figura con toda suerte de epítetos elogiosos y sin importarle cambiar de mudanza⁴. Su línea de conducta es intachable en lo referente a la admiración y respeto por don Álvaro. Desde el inicio mismo de la novela, en los diálogos que los criados mantienen respecto a sus amos, don Álvaro sobresale de todos ellos por su nobleza de espíritu, arrojo, coraje y valentía. Don Álvaro, incluso, es capaz de dar su vida por el prójimo, sin importarle la condición social del mismo, arriesgando su vida cuando un semejante lo necesita. El fiel criado Millán, a fin de corroborar tales afirmaciones ante Nuño, el montero y el palafrenero Mendo, narrará brevemente un episodio en el que estuvo a punto de perecer ahogado en el río Sil, a no ser por la valentía de don Álvaro que, a pesar del peligro, arriesgó su

⁴ El fiel escudero Millán al comunicarle la criada Martina que su señor don Álvaro está vivo y que se ha presentado ante doña Beatriz con el hábito del Temple y en compañía del alcaide de Cornatel, el comendador Saldaña, responde de esta forma: “¡Con que vive mi señor; el mejor de los amos, el caballero más bizarro de España! ¿Dónde está, Martina? ¿Dónde está? ¡que aunque sea al cabo del mundo iré en busca suya [...] Váyanse muy enhoramala todos los prados del Bierzo y todas las vacas del mundo, y viva mi don Álvaro que es primero” (1986: 243).



propia vida con tal de salvarle. Incluso el fiel escudero Millán, a diferencia de los criados Mendo y Nuño, elogia la Orden del Temple y esgrime con no poco orgullo el vínculo de sangre de su señor con el maestre de los templarios.

A pesar de enjuiciar de forma elogiosa a los templarios, Gil y Carrasco se sirve de este personaje para transmitir al lector el sentimiento generalizado del pueblo sobre dicha Orden, pues es bien sabido que el vulgo les acusaba de múltiples aberraciones. Ante la interpelación de don Álvaro a Millán referida a las acusaciones a los templarios, este responde:

Dicen que adoran un gato y le rinden culto como a Dios, que reniegan de Cristo, que cometen mil torpezas, y que por pacto tienen con el diablo hacen oro, con lo cual están muy ricos; pero todo esto lo dicen mirando a los lados y muy calladamente, porque todos tienen más miedo al Temple que al enemigo malo (1986: 89)⁵.

Ignorancia, superstición y la vileza de los enemigos de los templarios posibilitaron que el vulgo considerara la Orden como una secta peligrosa, capaz de cometer las aberraciones más extremas. Ante tal cúmulo de vituperios la Orden será reivindicada por el propio Gil y Carrasco gracias a la conducta de los mismos templarios y personajes que configuran la trama argumental, fundamentalmente por el propio don Álvaro y los criados al servicio del conde Alonso Ossorio que si en un principio

⁵ Se les achacaba que al ingresar en la Orden renegaban de Cristo, pues no era el verdadero Dios, sino un falso profeta que había sufrido la muerte por sus pecados y por ello el templario debía escupir la cruz, pisotearla y ensuciarla del modo más repugnante que resiste a ser contado. También sus detractores afirmaban que el candidato y el que le recibía debían tratarse deshonestamente, pues estaba mandada la sodomía y omitirla era pecado. Los que al ser recibidos no querían someterse a estas prácticas eran decapitados o encarcelados. El candidato, bajo juramento, debía enriquecer a la Orden por todos los medios, lícitos o ilícitos. Un templario no podía confesarse sino con un clérigo de la Orden. En lugar del verdadero Dios adoraban al demonio en las reuniones del Capítulo, y a veces se les presentaba visiblemente en figura de gato negro, tal como señala el fiel criado Millán. También veneraban un ídolo en forma de cabeza humana con una gran barba, llamado Baphomet, del que se esperaban grandes riquezas. Todas estas creencias fueron divulgadas hábilmente por los detractores de la Orden, de ahí que le advirtiera “severamente que en adelante no solo hablase con más comedimiento, sino que pensase mejor de una Orden con quien tenía asentadas alianza y amistad y no acogiese las hablillas de un vulgo necio y malicioso” (1986: 90).



manifiestan sus dudas y una cierta prevención hacia los templarios, con el correr de los hechos su actitud cambiará radicalmente, percibiendo en ellos todo tipo de cualidades y conscientes también de que su persecución, tanto por las altas jerarquías de la Iglesia como de los monarcas y nobleza, era injusta y desmesurada.

La percepción que el lector tiene sobre la actitud del fiel criado Millán no solo tiende hacia su comportamiento como escudero de don Álvaro, sino también en relación con sus sentimientos amorosos. En este sentido el paralelismo entre amos y criados, tema de ilustre tradición literaria, se materializa en el relato de Gil, de ahí que frente a los amores entre doña Beatriz y don Álvaro el lector también encuentra otra manifestación amorosa en la que los criados juegan un papel determinante en el final de la acción, pues gracias a ellos los secretos que oculta el pasado de don Álvaro son resueltos gracias al descubrimiento de un material noticioso altamente revelador sobre la personalidad y actitud del protagonista de la novela.

El papel que juega Martina, la doncella de compañía de doña Beatriz, es también de gran relevancia en el mundo de ficción de *El Señor de Bembibre*, pues está siempre presente, además de partícipe, en los momentos primordiales de la acción. Incluso, se configura dicho personaje como el tradicional y arquetípico triángulo amoroso de la novela, requebrada solicitada en amores por el rollizo Mendo, criado al servicio del señor de Arganza y por el propio Millán, el escudero de don Álvaro⁶. Como es bien sabido el triunfador en lides amorosas entre

⁶ En los inicios de la novela se percibe con nitidez los escarceos amorosos entre los criados. En el episodio en el que el señor de Arganza obliga a su hija Beatriz a ingresar en un convento por no aceptar como esposo al conde de Lemos, el palafrenero Mendo, apenado por la decisión de su señor muestra también su enojo por el enclaustramiento de su señora doña Beatriz, pues la fiel criada Martina la acompañará durante su estancia en el convento de Villanueva privándole de su compañía: “Componían la comitiva su padre, que caminaba un poco delante como muestra de su enojo, aunque realmente por ocultar su emoción, el viejo Nuño, caballero en su haca de caza, pero sin halcón ni perro, el rollizo Mendo, que aquel día andaba desalentado, y su criada Martina. [...] Como, con gran placer suyo, iba destinada a servir y acompañar a su señora durante su reclusión, no sabemos decir a punto fijo si era esto lo que más influía en el mal humor del caballero, que a pesar de los celos y disgustos que le daba Millán, el paje de don Álvaro, tenía la debilidad de quererla” (1986: 114).

Más adelante, en el episodio en el que Martina entrega la carta a don Álvaro, su fiel criado Millán se dirige a ella como amartelado galán: “Llegaron nuestros



criados será este último, tal como se percibe con nitidez en el discurso de la novela y, fundamentalmente, en su desenlace, en el encuentro con el cadáver de su señor, en la comitiva que acompaña al propio Mendo en la romería de Nuestra Señora de la Aguiana:

Componiáse de un anciano que pasaba ya de los sesenta; de un mozo como de treinta y dos años, muy gallardo; de una mujer como de veinticinco, rubia, de ojos azules y tez blanca, de extraordinaria gracia y gentileza, que traía de la mano, después de que se apearan de sus yeguas, una niña como de siete años, con una túnica de lienzo y una gran vela de cera en la mano (1986: 390).

Como es bien sabido esta familia de romeros que por fortuna, por designios del destino, encuentra el cadáver de don Álvaro en la ermita de Aguiana no es otra que la de los fieles criados de doña Beatriz y don Álvaro, acompañados de su hija y del fiel montero de la casa de Arganza, Nuño García.

Precisamente el viejo Nuño y la fiel criada Martina serán los eslabones esenciales en el primer desencuentro de la heroína con su padre, el señor de Arganza, pues gracias a ellos el protagonista, don Álvaro, tiene cumplida noticia del ingreso de Beatriz en el convento de Villabuena y de su estado de ánimo, de su penar y desazón por la propuesta e intención de su padre en querer casarla con el conde de Lemos, rival de don Álvaro no solo en lides amorosas, sino ideológicas y políticas. Martina “joven aldeana, rubia, viva y linda, de ojos azules y de semblante risueño y lleno de agudeza” (1986: 114), en el decir de Gil y Carrasco, será la encargada de velar y acompañar en todo instante a su señora en su relación. Ella teje con precisión el plan para que ambos amantes se encuentren, la encargada de entregar el breve escrito de su ama a don Álvaro, cuyo contenido es bien explícito y vital para los sentimientos de los protagonistas: “Don Álvaro: dentro de tres días me

aventureros [Martina y el labriego Bruno] al foso y llamando al centinela dijeron que tenían que dar a don Álvaro un mensaje importante. El comandante de la guardia, viendo que solo era un hombre y una mujer, mandó bajar el puente y dar parte al señor de la visita. Millán que como paje andaba más cerca de su amo, bajó al punto a recibir a los huéspedes a quienes no conoció hasta que Martina le dio un buen pellizco diciéndole: —¡Hola, señor bribón!, ¡Cómo se conoce que piensa su merced poco en las pobres reclusas y al que se muere le entierran! – Enterrada tengo yo el alma en los ojuelos de esa cara, reina mía –contestó él, con un tono entre chancero y apasionado –¿pero qué diablos te trae a estas horas por estas tierras?” (1986: 135).



casan si vos o Dios no lo impedís. Ved lo que cumple a vuestra honra y a la mía, pues ese día será para mí el de la muerte” (1986: 132).

La astucia, la sagacidad y la picardía de la fiel Martina posibilitarán que dicha misiva llegue felizmente a su destino, no sin antes de haber dado buena prueba de sus excelentes dotes como mujer cautelosa, hábil, no exenta de malicia y agudeza. Martina se erige en la auténtica protagonista en estos instantes de la narración, la mujer que hará posible que ambos amantes acudan a su cita amorosa. Ella idea el plan, teje todos los recursos para este fin, recurre a estrategias sutiles, hábiles, a fin de sortear todos los peligros. Una vez conseguido su plan volverá a actuar con diligencia y astucia a fin de que los amantes se encuentren y decidan fugarse pues ambos no acatan la imperativa decisión del progenitor de doña Beatriz en casar a su hija con el conde de Lemos. Ella actúa con determinación ante la actitud melindrosa y escrupulosa de su señora. No se detiene en su empeño a pesar de las dudas, conjeturas y titubeos de Beatriz. Ella teje el plan. Lo tiene todo bien trazado a fin de no levantar sospechas entre las religiosas del convento. Actúa con astucia e inteligencia para la consecución de su plan, sin dejar ningún resquicio a su bien ideado planteamiento. Hilvana todo con puntualidad y exactitud, no arredrándose nunca ante las dubitaciones de su señora ni ante los remilgos o prejuicios emitidos por la propia Beatriz, justo en el momento de su cita amorosa con don Álvaro.

La escena del encuentro amoroso rememora las entrevistas o citas entre damas y caballeros medievales a la luz de la luna, entre tenebrosos claustros y tortuosos caminos. Escenario que Gil y Carrasco tendría en su retina, acostumbrado a asistir a los estrenos teatrales como reputado crítico, tal como se aprecia en sus reseñas aparecidas en las páginas de *El Correo Nacional*, *El Laberinto*, *Semanario Pintoresco Español* o *El Corresponsal*. Escenario que se adecua con precisión a los estados anímicos de los amantes, embriagados de amor, de temor, de incertidumbre ante la decisión de fugarse y escapar de cualquier traba u obstáculo que impida su felicidad. Confesiones de amor, voces trémulas, pasiones, desmayos... Solo la fiel Martina conserva la frialdad ante la situación inquieta, desasosegada y febril de los amantes. Ella actúa con mesura, con cordura y orden frente a los atormentados amores de don Álvaro y doña Beatriz, ejecutando nuevos planes ante situaciones imprevistas y no exentas de nuevas trabas. Sirva de ejemplo la decisión de Martina ante un atribulado don Álvaro que no sabe cómo actuar ante el desmayo imprevisto de su amada:



—¿Doña Beatriz, queréis confiaros a mí? —Oídme, don Álvaro, yo os amo más que a mi alma, jamás seré del conde..., pero escuchadme y no me lancéis esas miradas. —¿Queréis confiaros a mí y ser mi esposa, la esposa de un hombre que no encontrará en el mundo más mujer que vos? —¡Ah! —contestó ella congojosamente y como sin sentido —; sí, con vos, con vos hasta la muerte — y entonces cayó desmayada entre los brazos de Martina y del caballero. —¿Y qué haremos ahora? —preguntó este— ¿Qué hemos de hacer? —contestó la criada— sino acomodarla delante de vos en vuestro caballo y marcharnos lo más aprisa que podamos. Vamos, vamos, ¿no habéis oído sus últimas palabras? Algo más suelta tenéis la lengua que mañosas las manos (1986: 153).

Los estados anímicos de doña Beatriz, su pesadumbre, sus disgustos o enfermedades harán mella tanto en el aspecto físico como en el estado síquico de Martina. Existe una correlación del sufrimiento en todos los instantes de la novela en que Beatriz es presa de una perturbación o padecimiento, como si la fiel criada fuera un anexo o una prolongación del cuerpo y espíritu de su ama. El bello y gracioso rostro de Martina palidece, se ensombrece, con los pesares de su dueña. Su alegre semblante se convierte en muestra de dolor, de sufrimiento, y su rictus jovial se transforma en semblante sombrío, apenado, taciturno, convirtiéndola en una nueva mujer, distinta, de una belleza más atractiva y cautivadora, ante los ojos de los aldeanos, especialmente a los del rollizo palafrenero Mendo, enamorado de Martina.

En todos los sucesos en que acontece un hecho luctuoso o esperanzador está presente Martina. A raíz de la muerte de doña Blanca, la madre de Beatriz, la fiel criada será su principal apoyo y consuelo, la amiga y confidente de sus pesares, al igual que al final de la novela cuando Beatriz, enferma, próxima a la muerte, solo encuentra paz y sosiego en su contacto con la naturaleza de El Bierzo, con su paisaje, con la belleza de la naturaleza, hermosa, majestuosa, placentera. La Aguiana protagoniza numerosas páginas de gran belleza, en consonancia con los estados anímicos de Beatriz. Martina siempre a su lado, con amor y absoluta discreción. Si con anterioridad la enfermedad de Beatriz había ensombrecido la figura de Martina, convirtiéndola o transformándola en mujer distinta, más señorial y majestuosa, en el umbral de la muerte de su señora, perderá buena parte de su belleza y alegría, sin donaire, sin el brillo de sus ojos azules. Tristeza y melancolía que embargan a Martina y que solo parece remediarse ante las excelentes noticias referidas a la absolución de los templarios y al nuevo acontecer de los hechos que brinda dicho suceso, pues muerto el conde de Lemos y declarado don



Álvaro libre de los votos de obediencia y pobreza, únicos que le ligaban a la Orden, el camino estaba expedito. Cabe recordar que el voto de castidad y pureza, el vínculo más fuerte de todos, quedaba sujeto a la jurisdicción especial del comisionado pontificio. Al ser de obligación absoluta y puramente individual, no estaba sujeto a tiempo ni circunstancias, pues habían sido pronunciados voluntariamente. Todos estos acontecimientos motivan un hálito de esperanza entre los personajes más cercanos a doña Beatriz; sin embargo, como es bien sabido, la tragedia, el drama, se enseñorea con ellos, con los protagonistas.

Martina, el fiel escudero Millán, el palafrenero Mendo y el montero Nuño configuran una galería de personajes secundarios, de sirvientes, con personalidad propia, con identidad personal, peculiar, diferentes al de otras novelas históricas pertenecientes al Romanticismo. Bien es verdad que el mundo de criados, lacayos y palafreneros pueblan las páginas de numerosos relatos históricos, desde *Los bandos de Castilla*, *La conquista de Valencia por el Cid*, *El conde de Candespina* hasta los más célebres, como *El doncel de don Enrique el Doliente* o *Sancho Saldaña*; sin embargo, Gil y Carrasco, a diferencia de los grandes narradores románticos, concibe sus personajes secundarios con agudeza, con sagacidad, pues se muestran como entidades distintas, con identidad propia, con un sello particular que no se encuentra en otros relatos. La crítica ha destacado siempre la calidad de la prosa poética de Gil, el valor, trascendencia y reivindicación de los templarios, su interpretación y relación con la desamortización de Mendizábal o la extinción de una estirpe. Ante todos estos valores cabe señalar uno más: la calidad con que Gil Carrasco teje los comportamientos de estos personajes, sus sentimientos y pesares, sus emociones y aflicciones, sus alegrías y amores, su humor... Personajes compasivos, sensibles, fieles. Su valor radica en todos estos aspectos, de ahí que se conviertan en seres entrañables, dotados de vida propia.

Bibliografía

- BLANCO GARCÍA, Francisco. (1891). *La Literatura Española del Siglo XIX*. Madrid. Sáenz de Jubera.
- BÖHL DE FABER, Nicolás. (1814). “Reflexiones de Schlegel sobre el teatro traducidas al alemán”. *Mercurio Gaditano*. 121. 16 de diciembre.



GIL Y CARRASCO, Enrique. (1883), *Obras en prosa, coleccionadas por D. Joaquín del Sino y D. Fernando de Vera e Isla. Precedidas de un prólogo y de la biografía de su autor*. Madrid, Imprenta de la Viuda e Hijo de D. E. Aguado.

GIL Y CARRASCO, Enrique. (1986), *El Señor de Bembibre*. Edición, introducción y notas de Enrique Rubio Cremades. Madrid. Cátedra.

LOMBA Y PEDRAJA, José R. (1915). *Enrique Gil y Carrasco. Su vida y su obra literaria*. Madrid. Imprenta de los Sucesores de Hernando.

LÓPEZ SOLER, Ramón. (1823). “Análisis de la cuestión agitada entre románticos y clasicistas”. *El Europeo*. I. 7. 207–214; 8. 254–259.

MORA, José Joaquín de [Mirtilo Gaditano]. (1814). “Crítica de las reflexiones de Schlegel sobre el teatro insertas en el número 121”. *Mercurio Gaditano*. 127.

María de los Ángeles Ayala Aracil



Profesora de la Universidad de Alicante Especialista en costumbrismo. Ha dedicado su atención a escritoras como Á. Grassi, C. Gimeno de Flaquer, Gómez de Avellaneda y, en particular, Pardo Bazán. Editora de los Portales Temáticos Escritoras españolas, Gertrudis Gómez de Avellaneda y Concepción Arenal de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes y especialista en Romanticismo y exilio.

